

## Penúltima estación

*Ruan*

Antonia Jeldres, directora del Geriátrico, ingresó a su oficina y recorrió los visillos de los ventanales. Los blancos y fríos picos cordilleranos que se extendían a unos quinientos metros hacia el oeste, provocaban en ella una sensación de apacible fortaleza. Pero esta vez, sorprendida, vio a Nina y Román, cada uno en su mundo senil, dirigirse en una especie de inconsciencia a la abandonada estación ferroviaria. En los andenes musgosos parecían esperar el matutino con su carga de turistas y esquiadores rumbo a la cumbre.

El tren, sin embargo, hacía tiempo que, por economía, desidia, o porque obstaculizaba aspiraciones particulares, dejó de funcionar. Hoy la estación era apenas una triste fotografía de su antiguo esplendor.

Día tras día, Nina y Román, inocentes compañeros de ruta, hacían de la espera del convoy una rutina. Permanecían allí hasta que Antonia, con sabiduría y ternura, los conducía a los comedores.

Descendiendo la ladera, una vieja casona de dos pisos, era el refugio donde Nina y Román, convivían con otros ancianos su vejez sin memoria; sus marchitos sentimientos que se negaban a revivir.

Toda la noche Nina Simunovic, primera bailarina del grupo Angora, pensó que la vida era demasiado corta. Enfrentar el inevitable año del retiro no estaba en su

abecedario y, aunque su pasión por el baile, sus virtudes rítmicas y la confianza en sí misma se mantenían intactas, la verdad era que su carrera estaba terminada.

Buscó entonces el corazón de Matías, el hombre que había amado en su juventud; pero Matías no era más que un recuerdo. Fue terrible. Los hombres que después lograron traspasar el umbral de su alma: nacían y morían sin dejar rastro. Eran como un soplo lejano de brisa aterida, una prohibida noche de amor. Finalmente, el destino la condujo a una vejez prematura. Se encerró en su habitación. Postrada en cama, creía ver al público hechizado por los finos movimientos de sus representaciones; las siluetas borrosas de sus amantes. Muchas lluvias golpearon los ventanales. Soles de invierno calentaron las sábanas. El tiempo dibujó pliegues marchitos en la blanca lozanía de su rostro. El día que no reconoció el bello rostro de su hija, la familia supo lo que tenía que hacer.

Nina, sentada junto a la chimenea, insiste en enrollar y desenrollar un pañuelo blanco, como si ese ejercicio místico la refugiara en el silencio. Con el tiempo su vida tomó otro rumbo. Sucedió cuando frente al portón de la verja, un hombre desarrapado se detuvo a observar el viejo caserón. Antonia ordenó que lo llevaran a su oficina. Los auxiliares dejaron frente a ella un hombre de barba sucia, de rostro abrasado por las variantes temperaturas cordilleranas. Miraba el cielo brumoso a través de la ventana con expresión indiferente.

—¿Hay algo que lo identifique? —preguntó.

—Sí —dijo Érica—. En un trozo de papel rugoso había el siguiente mensaje: «entregado a Román». Tal vez ese sea su nombre.

En la mente de Antonia surgió la duda de cómo enfrentar la situación. Era algo imprevisto para lo que no estaba preparada. Se levantó de su sillón, dio vueltas por la oficina y pensó que lo mejor era darse un tiempo para reflexionar:

—Aséenlo —dijo—, le dan una muda nueva y lo llevan a los comedores a la hora de la cena.

Al día siguiente, temprano, mientras el personal dormía, Román salió de la casona. Bajo la luz brumosa del alba deambuló por los patios interiores. Giraba la cabeza como si en el mar oscuro de su memoria, adquiriera luz y contorno un recuerdo a la deriva. Después de unas horas perdió el interés y se mantuvo en los corredores en actitud hierática. Así permaneció hasta que, sus pequeños ojos negros descubrieron el sendero que conducía a la estación. Como si un detalle iluminara su conciencia. Caminó hacia allá.

En un principio la vida de Román fue apacible. Las idas y venidas a la estación se hizo costumbre, y Nina, como una sombra, iba tras de él

Se sucedieron los días, las semanas y el comportamiento de Román se tornó extraño. Iba y venía por los andenes sin detenerse. Se tiraba en una de las bancas solo para volver a levantarse segundos después. Dejó de preocuparse por el atraso del tren y eludía la presencia de Nina. Parecía que la mujer era un estorbo. La situación se acentuó con el correr de los días. La noche que comenzó a gritar que debía levantarse, acompañar a su abuelo a la estación, Antonia decidió enviarlo al centro de siquiatria. Quería tener la opinión de un especialista antes de

tomar una decisión. Convencida de que eso sería lo mejor para él, se quedó dormida.

Comenzaba a nevar cuando la despertó el grito del rondín de turno: «¡Román ha desaparecido!». En segundos el ambiente en el geriátrico fue un caos. Nadie logró entender como había abandonado la casona. La tranquera estaba cerrada y la estación vacía. Todo se aclaró cuando encontraron la puerta de la cocina entreabierta. Antonia se levantó. Apelando al conocimiento que los auxiliares tenían del lugar, ordenó la búsqueda. Los focos de las linternas apenas rompían la oscuridad. Caminaron hacia el sur hasta que el rumor monótono del río los convenció de que Román había tomado otra ruta. En unas horas se vendría la madrugada, entonces, Antonia, decidió suspender la búsqueda. De regreso a la oficina, se tiró en el sillón. Tomó el auricular y dio cuenta de la situación al cuartel de policía.

Después de la desaparición de Román, Nina cambió sus hábitos. Desde los ventanales Antonia y Érica observaban su comportamiento. Susurraba frases inconexas como si frente a ella la escuchara un interlocutor. Antonia tuvo la sensación de que su madre era cada día más lejana. Comenzó a temblar.

—¿Qué sucede? —preguntó Érica mientras sus dedos acariciaban suavemente su cabello dorado.

Antonia giró la cabeza. Clavó en ella sus ojos.

—Nina es mi madre —respondió y ya no pudo retener el llanto.

Había días que Nina recobraba su lucidez. Reconocía a su hija.

Balbuzeaba su nombre con palabras imprecisas. Era tan breve la dulzura de su voz, que la emoción de Antonia era como un anillo de humo inalcanzable.

El día que el oficial de policía se detuvo frente a la tranquera, fue tal la conmoción de Antonia que ella misma salió a recibirlo. Eran buenas noticias. Habían encontrado a Román y en esos momentos estaba con su familia. Supo además que su nombre era Ángelo Santini, y que cuando niño, había vivido en la casona con sus abuelos maternos.

La mañana del día quince de septiembre, la nieve acicalaba su blancura con el influjo azul del cielo, y abajo, la humedad del invierno comenzaba a replegarse. Algo llevó a Nina esa madrugada a cubrir la breve distancia que la separaba de la estación. Recorría los andenes atisbando en todas direcciones. Descansaba unos segundos y volvía a ponerse de pie. Parecía poseída por una idea que no la abandonaba.

Esa mañana, Érica despertó con la luz tibia del sol. Sé levantó resuelta. Quería organizar a la brevedad las labores del personal. Comenzó a dar vueltas por la habitación, fue el momento que vio a Nina deambular por los andenes. Se puso la bata de dormir y corrió al dormitorio de Antonia.

—¡Asómate a la ventana! —dijo apresurada.

—¡Qué!

—Dije que te asomaras a la ventana.

Semidormida Antonia descorrió los visillos.

—¡Mamá! —exclamó. Miró a Erica intentando una explicación, pero Érica estaba tan confundida como ella.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—No —respondió Antonia—. Le llevaré el desayuno y trataré de convencerla de que regrese a su habitación.

Nina permanecía inquieta, la vista fija en los corroídos rieles que conducían a la última estación. Cuando Antonia llegó a su lado se mostró reticente, pero logró que tomara el desayuno, que se abrigara. Le fue imposible convencerla de que regresara a la casona. Su madre se veía tan vulnerable que optó por no importunarla.

A la hora del crepúsculo, cuando los internos comenzaban a entrar en la casona, Antonia se percató que su madre no estaba en la estación. Recordó la experiencia con Román; una punzada se clavó en el estómago. Vio a Nina que, a lo lejos, avanzaba cuidadosa por la línea férrea. Una tromba de viento levantaba su vestido gris y desgredaba las hilachas de su cabello cano. Intuía que no sería fácil hacerla regresar. Apuró el paso. Cuando estuvo a su lado la tomó de la mano y caminó junto a ella.

—Mamá —susurró.

Nina giró la cabeza, pero no la reconoció:

—¿Quién es usted?

—Su hija —dijo Antonia. Es hora de que regresemos.

—Si, señorita. Ahora voy a casa, —dijo Nina—, Matías me espera —agregó emocionada.

La noche caía definitiva sobre las montañas. Las dos mujeres, como siluetas borrosas seguían adelante por la línea férrea.